

Miette se dirigió á ella y le dijo algunas palabras al oído.

La joven repitió por lo bajo:

—A Murols... mañana... bueno... Estaré allí. Gracias.

Era Elena. Sulpicio se había engañado: ella no se había marchado. Pero el error de Sulpicio era solo de una hora.

La joven saludó al doctor Bandruc y partió, poniendo el caballo al trote ligero, mientras que el médico y la criada se miraban de nuevo.

Miette dijo:

—Dejar á la una para casarse con la otra, ¿comprendéis eso?

—¡Canalla!—dijo Bandruc encogiéndose de hombros.

XXI

A la mañana siguiente, á cosa de las nueve, había en la posada de Faucón, en Murols, una actividad desusada.

La prima de Elena Brunoy, Rosa Sauvat, es una mujer pequeñita y delgada, vivaracha como un pájaro; no tiene más que cuarenta años; su marido le lleva veinte. Ella lo dirige todo, cuida de todo y lo arregla todo.

Todo cuanto procede de París le inspira una aversión tanto mayor cuanto que tiene que disimularla.

Solo Elena Brunoy ha encontrado gracia á

sus ojos y acapara todos los afectos de su parienta.

Esta predilección se explica considerando que Rosa Sauvat no tiene hijos, y que la naturaleza humana necesita fijar en algo el afecto del alma.

Cuando la empleada de la señora Delivet iba á Murols, se hacía fiesta.

Debe decirse que Elena era tan simpática, tan alegre, tan buena muchacha, en una palabra, que merecía la pena que se tomaba por ella.

Figuras como la suya en una casa, grande ó pequeña, producen el efecto de un buen fuego de invierno, de un rayo de sol de estío, y bastan para embellecer una morada.

Calientan, distraen y confortan el ánimo.

Aquel día, la dueña de la posada Faucón se ocupaba en preparar extraordinarios de todas clases.

Se esperaba á un personaje de importancia, anunciado y recomendado por Elena Brunoy.

A las diez y media se oyó á la puerta ruido de cascabeles, al tiempo que una victoria se detenía ante la posada.

Todos los habitantes de la casa se asomaron á las ventanas, mientras que Rosa Sauvat y su prima corrían á la puerta.

En el coche venía un hombre corpulento, que al ver á la parisiense, se apeó con ligereza que nadie hubiera podido esperar de aquella masa de carne fresca y nutrida.

El viajero alargó la mano á la joven, que le abandonó amistosamente la suya.

Los criados le examinaban con curiosidad.

Nunca habían visto un viajero más robusto ni mejor vestido.

Era Pablo d'Aubagny vestido con todos los primores de la última moda.

En aquella magnífica y ardiente jornada de agosto, acababa de dar un paseo encantador, á cuyo término encontraba dos perspectivas á cual más agradables: la de una joven cuyo recuerdo tenía siempre presente y la apetitosa de una cocina de la que se escapaban multitud de perfumes excitantes.

Fijó una prolongada mirada en su amiga de París, y le dijo:

—¡Qué hermosa sois!

La galantería no era excesiva.

Elena estaba encantadora, adorable.

Sin embargo, no se había esmerado en su *toilette*, ni tenía necesidad de ello.

Nada más sencillo que su traje claro de tela de Oxford; pero tan bien cortado, dibujando tan bien las formas hermosas de la joven, fresca como la primavera, que valía por todas las telas de Worth y de Félix.

—¿De dónde venís? le dijo sonriéndc.

—Salí ayer de Royat por la mañana y he pasado la noche en casa de un amigo, en los alrededores de Saint-Nectaire. Es un camino largo.

Y añadió en seguida:

—Pero creed que no lo siento.

Ella le condujo á la cocina.

—¡Caramba!—dijo él;— se está muy bien aquí.

—¡Y qué buenas gentes!—dijo ella mirando á su prima, que se contuvo para no abrazarla.—Ya veréis.

—¿Qué se come?—preguntó humeando las cacerolas.

Las provisiones abundaban, la mesa estaba dispuesta, y pronto el viajero se encontró sentado enfrente de su compañera, donde volvieron á encontrarse tan lejos de París.

Después de dar satisfacción á un hambre devoradora, el barón preguntó:

—¿Desde cuándo estáis aquí?

—Hace ocho días.

—¿Habéis ido á Mont-Dore?

—Dos veces.

—¿Le habéis visto?

—No—contestó sencillamente Elena.

—¿Y á Matilde?

—Tampoco.

—¿No habéis oído hablar de ellos?

—Sí.

—¿Qué se dice?

—No se puede juzgar... El sigue un tratamiento...

Y añadió con viveza:

—Por lo demás, si queréis saber algo, puedo indicaros un medio.

—¿Cual?

—Voy á decíroslo.

Entonces Elena entró en pormenores.

Conocía á Miette años hacía.

Miette era una hija del país, educada en Faucon, adonde había ido á los diez años. Después, á los diez y ocho años, se había colocado en Mont-Dore.

Conoció al doctor Fabregues en el hotel Pavillón.

Miette no decía lo que había pasado entre ellos; pero era fácil conocer que ella, por una razón ó por otra, no quería á Fabregues. La joven hablaba tranquilamente y sin pasión.

Como había dicho algunas veces, no estaba por los grandes sentimientos: no veía en la vida más que una serie de jornadas más ó menos penosas, con los cuidados del presente, y sobre todo los del porvenir, demasiado pesados para jóvenes como ella.

Ciertamente, Fabregues había perdido mucho, en su concepto; pero ella hablaba sin amargura, con indiferencia.

Procuraba excusar por esa terrible razón de la necesidad su ambición desenfrenada; pero tenía que juzgarla, poco más ó menos, tan severamente como la juzgaba el barón D'Aubagny. Sin embargo, ella hubiera querido conocer razones, porque en el del corazón de las mujeres más honradas hay siempre una voz que habla misteriosamente en favor de los culpables cuando son culpables impulsados por el amor.

—¿Para qué verle?—objetó el barón, mirándola fijamente.—Después de su indigna conducta debéis hacer cuestión de honor el romper definitivamente con él.

—Quizá; pero yo quisiera oírle.

—Escuchad—replicó D'Aubagny, animándose.—Os profeso estimación, una gran estimación. Tengo experiencia, y sé á qué tristezas y á qué desfallecimientos están expuestas las jóvenes de vuestra condición; pero yo no podía seguir estimándoos así si la conducta del doctor no os inspirase todo el desprecio que merece. Lo que ha hecho es una verdadera infamia, un odioso abuso de confianza...

—Vamos—dijo ella, apaciguándole con un gesto,—calmaos, os lo suplico. ¿Puedo olvidar tan pronto las pruebas de amistad que me ha dado ese desgraciado? Antes de condenar á un acusado, hay que escucharle. Estad seguro de que si hay infamia en su conducta, yo no soy su cómplice, y procuraré demostrarlo...

—¿Cómo?

—Con una prueba de que no podéis dudar.

—¿Cuál?

—Si Miette no quiere al doctor, siente hacia mí sincera amistad. La conozco hace mucho tiempo. Además, ayer he estado en Mont-Dore...

—¿Y qué?

—En el momento en que iba á partir, ella me anunció un proyecto del doctor.

—¿Debe venir aquí quizá?...

—Hoy mismo.

—¿Habrá sabido que estáis aquí?

—Es seguro.

—¿Por vos?—preguntó D'Aubagny con aire receloso.

—No; por alguien que me habrá visto. Por lo demás, ¿qué importa que lo haya sabido? ¿No es necesaria una última explicación entre nosotros?

—Tal vez.

—Antes ó después la hubiéramos tenido. Lo mismo aquí que en cualquier parte. Así pues...

Se detuvo para examinar la fisonomía del barón, que revelaba la inquietud de los celos.

—¿Así pues?...—repitió él.

—He trazado un plan, en el que he pensado durante la noche. Yo tengo en mucho la estimación que me demostráis constantemente, y os agradezco con el alma el haberla conservado á pesar de las apariencias. ¡Si supieseis!... ¿Acaso podemos nosotras proceder de otra manera, nosotras que no tenemos padres, ni apoyo, ni consejos?

En un momento de emoción exhaló un suspiro; pero recobró al instante su aspecto placido y resignado.

—Puesto que estáis aquí, ved lo que haremos.

—Os escucho.

—Es probable que el doctor venga pronto... á la hora de almorzar, sin duda.

El reloj de la cocina dió doce campanadas.

—Es mediodía. La hora á que le espero.

—¿Y después?—preguntó el barón con ansiedad.

—No es necesario que me encuentre aquí.

—¿En dónde?

—Ya he prevenido á mi prima: le diré que estoy sola en las ruinas del palacio...

—¡Solal!—dijo el barón inquieto.

—Vendréis conmigo... pero apresurémonos, podemos ser sorprendidos.

En seguida llamó.

—Mariana.

En seguida se presentó una criada.

—Pronto, el café del señor.

—Conozco—continuó—todos los rincones de aquellas inmensas ruinas... Os serviré de guía, y me obedeceréis... Tengo un plan... Ya veréis...

Mientras el barón tomaba el café, Elena fué á la cocina y habló un instante en voz baja con su parienta, volviendo en seguida al comedor.

—Venid—dijo—no tenemos tiempo que perder.

Era verdad.

Por el extremo de la calle avanzaba lentamente un coche.

En el momento en que la joven y su compañero salían por una puerta, el doctor Fabregues entraba por otra.

Pero ya los pájaros habían volado.